

TEATRO

"El círculo de tiza caucásiano"

de Bertolt Brecht

Escribe: FRANCISCO GARCIA PAVON

(María Guerrero)

VERSION española: Pedro Laín Entralgo.

DIRECCION: José Luis Alonso.

MUSICA: Paúl Dassau. (Adaptada por Pedro Luis Domingo).

REPARTO: José Segura, Luisa Rodrigo, José Luis Heredia, Carmen Segarra, Paco Hernández, Juan Jesús Valverde, Enrique Navarro, Cesáreo Esteban, María Fernanda de O'Con, Margarita García Ortega, Gabriel Llopart, José M. Pou, Pepita Sánchez, Flor de Bethania, Luis Zprita, Felipe Carlos Antón, José Sanz, Ana María Ventura, Félix Dafaucé, Miguel Pérez

Ramírez, Francisco Celcillo, Juan Jesús Valverde, Andrés Valdivia, Félix Navarro, Luis Lorenzo, María Luisa Hermosa, María Caro, Joaquín Párenal de la Fuente, Gloria Ronci, Emilio Hernández, Manuel Gijón, Paquita Gómez, Elena Fo-yé, Pedro Hernández, Margarita García Ortega, Yolanda Cabrerós, José Segura, Luisa Armengol, María Luisa Arias, Conchita Hidalgo, María Caro, Joaquín Molina, Cesáreo Estébanez, Víctor Gabirondo, Arturo López, Julia Trujillo, Juan Madriga, Tito Ibarzábal, Paquita Gómez, Luisa Armenteros, Maruja García Alonso, Miguel Pérez Ramírez, José Bódalo, Mariano Sanz, Andrés Valdivia, Carmen Segarra, Matilde Fluixa, Juan Miguel Ruiz.

DECORADOS: Sigfrido Brumann. (Realizados por M. López.)

"El círculo de tiza caucásiano" escrito en los primeros años cuarenta, es un apólogo, un "ejemplo" dramático que deriva del mito bíblico del juicio de Salomón. Como casi todas las moralidades bíblicas, que a su vez tienen su origen en culturas anteriores, el juicio de Salomón ha saltado mil veces a la literatura de todos los tiempos, tomando la faz y contorno que reclamaba cada cronología y autor. Parece que la más importante versión dramática china del mito salomónico se debió a Li

Hsing-Tao, que vivió entre los siglos XIII y XIV. Bertolt Brecht adopta esta figuración y tiempos orientales en gran parte de su versión. La pieza comienza con un breve prólogo en el que discuten sobre ciertos emplazamientos agrícolas unos campesinos caucásianos de la última postguerra. Para aplazamiento de su discusión un grupo de aficionados al teatro dirigidos por Arkadi, representa "El círculo de tiza caucásiano". Con este teatro en el teatro, acaba la obra sin nueva referencia a los kolхозes caucásianos.

Hasta llegar al juicio, al "círculo", en la obra se dramatizan las peripecias de Grucha, sirvienta del gobernador, para sacar adelante al hijo de la gobernadora, que estallada la revolución, lo abandonó en el momento de su huida. Grucha se lleva al niño movida por una tentación maternal y su peregrinación por salvarlo y por salvarse le da oportunidad de conocer a una serie de tipos magistralmente trazados, y reacciones humanas, que componen la galería poética y crítica-política de esta fábula escénica. El encuentro con su hermano y cuñada, la boda con el falso moribundo, para enubrir su apariencia de madre soltera; el pope, los guardias, el juez Ardak y sus pleiteantes, y otros tantos tipos, versiones y conflictos humanos que poetizan, ironizan y dan comicidad a esta comedia candorosa. A

este tema de cuento paternalísimo. Su final, su solución "círculo de tiza", es una transposición del tallo salomónico, ya que la vida y destino del hijo no lo salva el amor de la madre, sino el amor maternal de Grucha, la que lo crió. La moraleja-deducible y muy brechtiana, podría ser que "cada cosa debe pertenecer a quien mejor la trate".

Ardak, el juez sancho-pancesco y baratarío, permite que, "de acuerdo con las leyes" —con frecuencia tan opuestas a que cada cosa pertenezca al que mejor la trate—, Grucha sea la verdadera madre del niño y por fin se arreglen sus azorosos amores con Simón.

La presencia del narrado inevitable, de las canciones y músicas intercaladas, dan a esta obra, distinta y tradicional, humorista y dramática, intencionada e ingenua a la vez, el encuadre moderno —muy moderno y muy antiguo ya— que la clasifica como uno de los logros del teatro europeo de la posguerra.

Pedro Laín Entralgo ha conseguido que en su versión no suene nada a extranjero. Que todo su decir sea natural, como hecho aquí, sin pedanterías, malsonancias y repipieces. Que el vocabulario resulte propio de cada personaje y situación, con armonía muy bien templada entre la burla y lo patético.

José Luis Alonso ofrece

un montaje claro, vario y evocador. Claro, porque ha huido de todo efectismo luminotécnico y pedantesco. "Oscurotécnico", como algunos dicen. Toda la representación discurre sobre un panorama de claridades medidas, transparenciadas. Vario, porque las actitudes, ritmo, contrastes de verbo, recitado y música, están muy bien divididos y combinados, según la naturaleza de cada personaje o grupo de personajes; situación o conjunción de situaciones: humor, dramatismo, pantomima, etc. Y evocador, porque los ambientes, cronología de la fábula, tiempo y tiempo, son tanto obra del autor como del director inteligente que consigue un clima que subraye la intención texto, que en este caso es de consejo, de cuento antañón, de razones y sentimientos candorosos.

En el largo reparto de esta puesta en escena hubo dos figuras cuya labor fue impresionante. En primer lugar, por su largo papel, María Fernanda de O'Con, que dio, una vez más, su medida de actriz primerísima de nuestra escena. Su autenticidad dramática, la frescura de sus actitudes, voz y ausencia de todo amaneramiento, la sitúan en esta función a la cabeza de nuestras grandes intérpretes. Luego, José Bódalo, en el papel de juez, volvió a otra de sus interpretaciones magistra-

les en su viejo y querido teatro María Guerrero. Es curiosa la analogía de Bódalo y María Fernanda, por la falta que en ambos hay de artificio, de "amaneramientos cómicos". Por lo que ambos tienen de directos y humanos. De humanidad más poderosa que su oficio. José Luis Heredia en su doble papel, Arturo Arturo López en el suyo tan breve y bien hecho, Margarita García Ortega, Gabriel Llopart, sobrio y medidísimo en el siempre difícil papel de narrador. José María Pou, actor ya hecho y de personalidad inconfundible, Ana María Ventura, Félix Dafaucé, Félix Navarro, Enrique Navarro, Joaquín Molina, María Luisa Arias y todos cuantos componen el reparto, imposible de enumerar por su número. Así como las cantantes Pepita Sánchez y Flor de Bethania, la orquesta dirigida por el adaptador Pedro Luis Domínguez y los bellos decorados de Sigfrido Brumann, tan sencillos, bellos y evocadores, permitieron, bajo la dirección de José Luis Alonso, la belleza del estupendo espectáculo que acaba de estrenarse en el María Guerrero.

Al concluir la función, entre los interminables aplausos de todo el público, saludaron todos los actores del reparto, José Luis Alonso y Pedro Laín Entralgo.